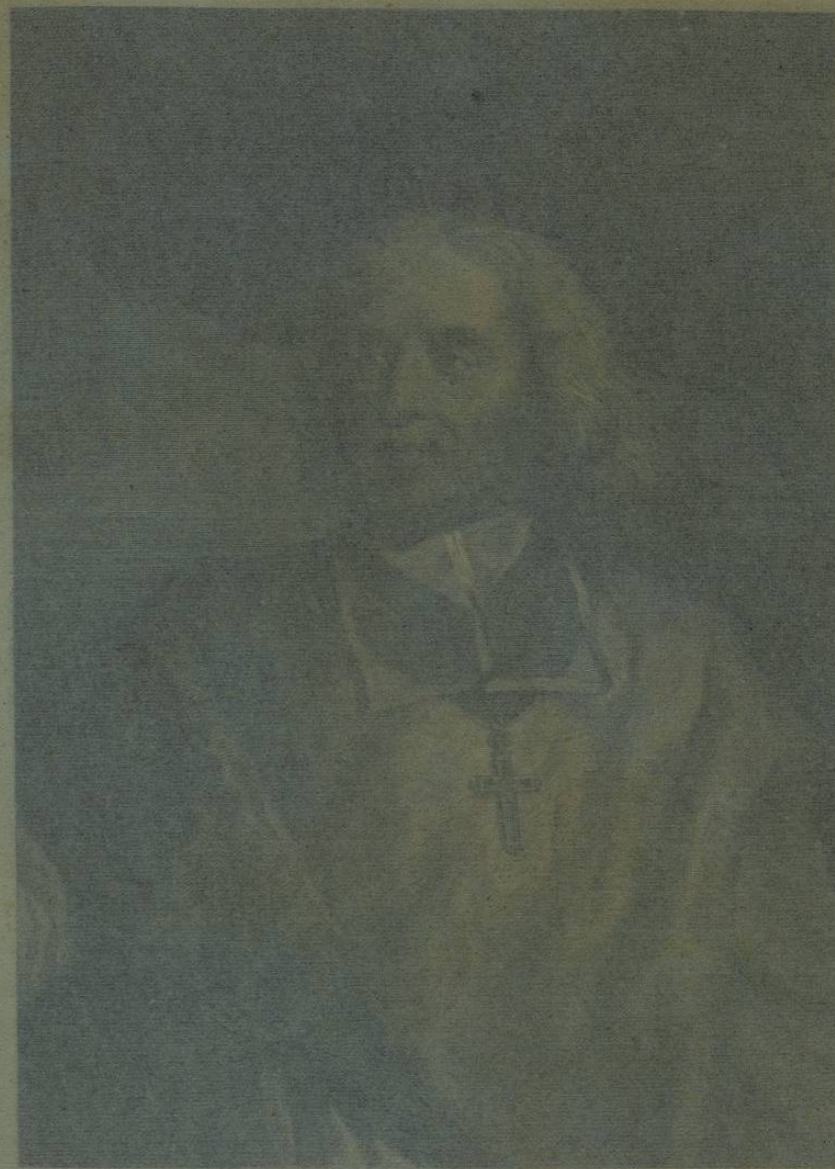


BOSSUET

I

La gloria de Bossuet ha llegado á ser una religion en Francia; todos la reconocen, la proclaman, le llevan cada día un nuevo tributo y le encuentran nuevas razones de ser y de crecer; es una gloria que ya no se discute. El privilegio de la verdadera grandeza consiste en acentuarse á medida que se aleja, en imponerse á distancia. Lo más singular en el caso de Bossuet, en su fortuna, en su apoteosis, es que se hace para nosotros cada vez más grande sin que por eso le demos la razon en ciertas controversias de las más importantes que sostuvo. Podéis gustar de Fenelon, admirar sus bellezas, aplaudir sus castas y nobles elegancias; llegaréis á dispensarle fácilmente lo que se ha llamado sus errores. Pues bien, Bossuet ha combatido esos errores, no sólo con energía sino con dureza, á todo trance; pero no importa: la grandilocuencia del contradictor os arrebató á pesar vuestro, y os obliga á inclinaros no obstante vuestro afecto al combatido. Lo mismo sucede con las batallas reñidas por la cuestion galicana. Segun que seáis ó no seáis galicano, daréis un aplauso ó un suspiro en este lugar de su carrera; más esta en su conjunto conservará á vuestros ojos su altura y su majestad. Me atrevo á decir lo mismo de la guerra sin tregua que hizo Bossuet al protestantismo bajo todas las formas. Un protestante ilustrado, aunque haga sus reservas en cuanto á puntos históricos, no vacilará en confesar con respeto que jamas ha encontrado dos adversarios semejantes. En política tambien, por poco partidario que uno sea de la teoría sagrada y del derecho divino tal como

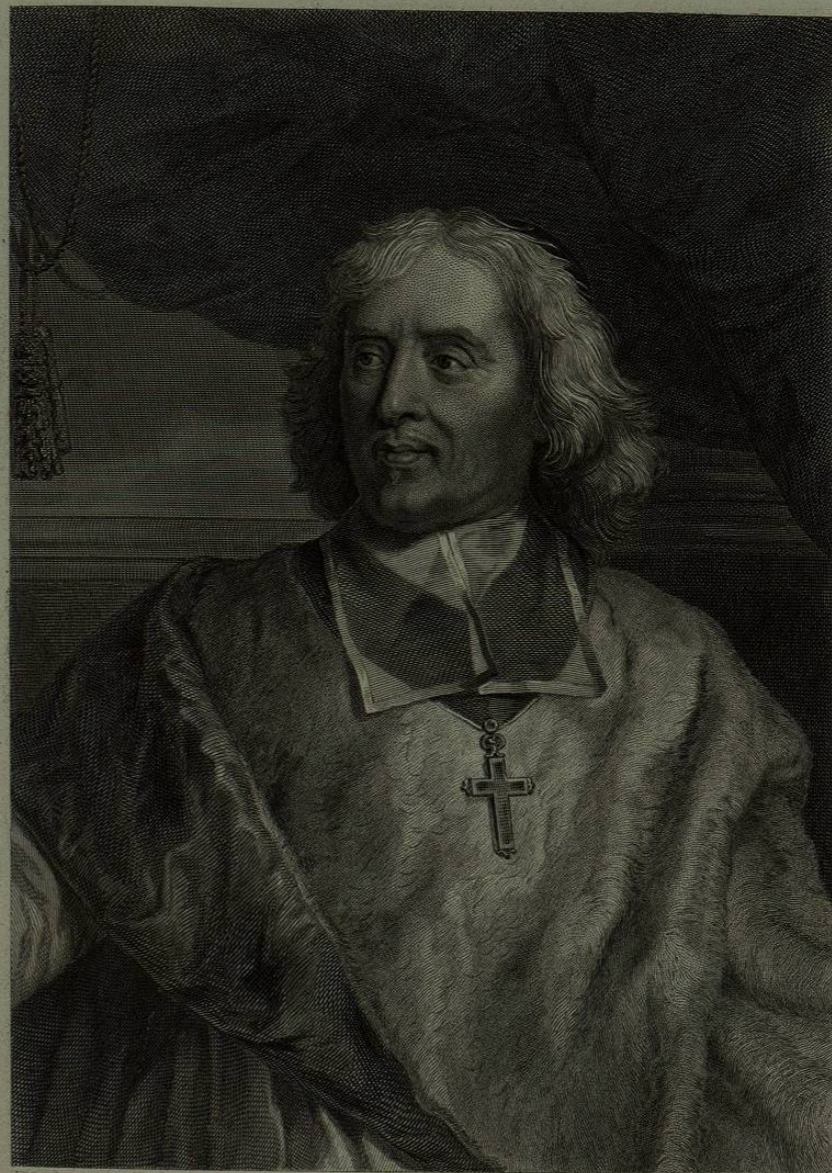


BOSSUET

W. H. B. W. H. B. W. H. B.

BOSSUET

La gloria de Bossuet ha llegado a ser una religion en Francia; todos la reconocen, la proclaman, le llevan cada dia un nuevo tributo y le encuentran nuevas razones de ser y de crecer; es una gloria que ya no se discute. El privilegio de la verdadera grandeza consiste en acentuarse á medida que se aleja, en imponerse á distancia. Lo más singular en el caso de Bossuet, en su fortuna, en su apoteosis, es que se hace para nosotros cada vez más grande sin que por eso le demos la razon en ciertas controversias de las más importantes que sostuvo. Podéis gustar de Francia, admirar sus bellezas, aplaudir sus castas y nobles elegancias; se permite á dispensarle fácilmente lo que se ha llamado sus errores. Pues bien, Bossuet no se disculpa sus errores; no sólo con energia sino con firmeza; pero no importa: la grandilocuencia del contradictor os arrebató á pesar vuestro, y os obliga á inclinaros no obstante vuestro afecto al combatido. Lo mismo sucede con las batallas reñidas por la cuestion galicana. Según que seáis ó no seáis galicano, daréis un aplauso ó un suspiro en este lugar de su carrera; más está en su conjunto conservará á vuestros ojos su altura y su majestad. Me atrevo á decir lo mismo de la guerra sin tregua que hizo Bossuet al protestantismo bajo todas las formas. Un protestante ilustrado, aunque haga sus reservas en cuanto á puntos históricos, no vacilará en confesar con respeto que jamás ha encontrado dos adversarios semejantes. En politica tambien, por poco partidario que uno sea de la teoria sagrada y del derecho divino tal como



Hignard pinx.

Imp. P. Chouet, rue de la Harpe, n.º 10, Paris.

Ferd. Delaunay sc.

Bossuet.

Garnier Frères, Editeurs.

BIBLIOTECA DE NUESTRO SEÑOR
DE SAN JUAN DE LOS RIOS
MONTREY, MEXICO

Bossuet lo entiende y lo predica, se sentiría que su doctrina no hubiera encontrado un órgano tan sencillo, tan varonil, tan sincero y tan naturalmente convencido. Un Dios, un Cristo, un obispo, un rey : hé aquí completa la esfera luminosa en que se despliega y reina el pensamiento de Bossuet ; hé aquí su ideal del mundo. Así como en la antigüedad un pueblo aparte inspirado y guiado por Moises conservó distintamente la idea de un Dios creador, presente siempre y gobernando directamente el mundo, cuando los otros pueblos perdían esta idea, para ellos algo confusa, en las nubes de la fantasía ó entre los fantasmas de la imaginación y el lujo exuberante de la naturaleza, lo mismo Bossuet entre los modernos se ha identificado como nadie con el pensamiento de orden, de autoridad, de unidad y de gobierno continuo de la Providencia, aplicándolo á todos sin esfuerzo como por una invencible deducción. Bossuet es el genio hebreo extendido y fecundado por el cristianismo, abierto á todas las conquistas de la inteligencia, pero conservando algo de la soberana interdicción, cerrando el vasto horizonte allí donde la luz acaba para él. En su gesto y en su tono hay alguna cosa de Moises ; mezcla en su palabra acciones del profeta-rey, movimientos de un patético sublime ; es la voz elocuente por excelencia, la más sencilla, la más fuerte, la más brusca, la más familiar, la más tonante. En la parte más rígida de su discurso, bajo su acento más imperioso, deslízanse tesoros de eterna moral humana. Y por todos estos caracteres es único para nosotros ; sea cualquiera el uso de su palabra, le reconocemos y es modelo de alta elocuencia y del más bello lenguaje.

Estas verdades ya no son nuevas ; ¡ cuántas veces las hemos escuchado ! Los dos escritos que anunciamos hoy no hacen más que exponerlas y desarrollarlas cada uno á su manera. M. de Lamartine ha trazado desde sus primeras páginas un bien concebido retrato de Bossuet. M. de Poujoulat, en una serie de cartas dirigidas á un hombre político extranjero, se empeña en probar que Bossuet no es grande solamente por las obras suyas que tienen celebridad y todos hemos leído, sino que es el mismo hombre y el mismo genio en el conjunto de sus producciones. Escritor concienzudo, acostumbrado á los trabajos históricos, y en particular á los que se refieren á la historia de la religion, tiene M. de Poujoulat grave la pluma como el pensamiento. Nos cuenta que ha leído en el campo las obras de Bossuet y que se ha complacido des-

pues de cada lectura en reunir sus reflexiones en forma epistolar. En sus cartas á un amigo, se recorre con él y no sin utilidad la serie de Sermones y de Tratados teológicos que encierran todas tantas bellezas reales. Su obra inspira estimación. Comentar á Bossuet es á la larga una tarea difícil y hasta peligrosa; las citas que se hacen hablan con elocuencia ellas mismas, iluminan ciertas páginas, apagan cuanto brilla en derredor. M. de Poujoulat ha evitado este escolto, por su buena fe en el desarrollo y por una sinceridad de creencia que le ha permitido entrar en la discusión del fondo. Discusión es mucho decir, tal vez; no lo entendamos en un sentido histórico ó filosófico; es evidente que M. de Poujoulat escribe sobre infinidad de puntos que se prestarían á discusión, con toda la confianza y la seguridad de las convicciones francesas, que no sospechan la naturaleza y la fuerza de las objeciones presentadas por una ciencia crítica más independiente, más extensa. Pero se desquita moralmente; se esfuerza á cada paso en hacer su comentario útil, aplicándolo á nuestro tiempo, á nosotros mismos, á los vicios de la sociedad y á la dolencia de nuestros corazones: «Bossuet es el hombre de la sociedad en que estamos,» piensa M. Poujoulat; y da sus razones, que son más bien deseos laudables suyos que hechos manifiestos y concluyentes para los demás.

Fácil nos sería ponerlo en frente de M. de Lamartine que, aun admirando á Bossuet, es de opinión contraria; pero ha de permitírsele que por ahora me aparte y desentienda de los comentadores para ir en derechura al maestro. Hay todavía un trabajo por hacer sobre Bossuet que encerrará cuanto acerca de él se puede saber de positivo. Hace cuarenta años que dió M. de Bausset una historia de Bossuet, historia agradable, rica en permenores y que, en cierto sentido, no puede enmendarse; pero en muchas partes requiere más estudio, más investigación, estudios é investigaciones que los literatos distinguidos y los académicos de entonces no se tomaban el trabajo de emprender. Felizmente ha acometido la empresa, lanzándose á investigaciones á la vez piadosas é infatigables, un erudito de nuestros días, M. Floquet; su *Historia de Bossuet* no tardará en salir á luz. Esa será una base sólida y definitiva para el estudio y la admiración del grande hombre. En el interin tengo á la vista una obra recomendable de un jóven de mérito, muerto hace poco. El abate Victor Vaillant, al recibirse doc-

tor en la Facultad de Letras de París (1851), eligió por tema de su discurso los *Sermones de Bossuet segun los manuscritos*. Demostró que estos Sermones, tan bien apreciados por el abate Maury en el primer momento de su publicación (1772), no se dieron entonces ni más tarde se han reimpresso con toda la debida exactitud. Hace el proceso del primer editor Dom Déporis con una severidad tan extremada, que recuerda (como que la imita) la severidad de M. Cousin con los primeros editores de los *Pensamientos* de Pascal. Despues se aplica Vailant á algo más útil; desarrollando su tesis, trata de precisar el orden cronológico de los Sermones y de los Panegíricos de Bossuet; mirándolos de cerca, logra determinar las fechas, al ménos aproximadas, de un crecido número. Podemos, pues, desde hoy estudiar con certidumbre á Bossuet desde el principio; podemos ya, como con el gran Corneille, seguir el progreso y marcha de aquel genio que iba creciendo, que se iba perfeccionando, que no tuvo decadencia. Procuraré dar una idea de sus primeros trabajos por medio de ejemplos.

Bossuet nació en Dijon el 27 de Setiembre de 1627, de una buena familia de antiguos magistrados, y creció entre los libros de la biblioteca doméstica. Su padre, al entrar como decano de los consejeros en el parlamento de Metz (que era de nueva creación), dejó á sus hijos al cuidado de un hermano que era tambien consejero en el parlamento de Dijon. El jóven Bossuet, que moraba en la casa de su tío, seguía las clases del colegio de los jesuitas de su ciudad natal. Desde temprano se distinguió por una sorprendente memoria y un gran entendimiento; sabía de coro á Virgilio y más tarde supo á Homero. M. de Lamartine, que ha estudiado su vida con demasiada ligereza, le atribuye una *predilección inexplicable* por el poeta Horacio, *el ménos divino de todos los poetas*. Puede ser que Lamartine haya leído por distracción Horacio en lugar de Homero, pues no se encuentra justificada en ninguna parte la tal predilección; pero sabe aprovechar la ocasión para tratar á Horacio, *el amigo del buen sentido*, casi como antes le habia tratado La Fontaine (1). Es Fenelon (y no Bossuet) quien gustaba de leer á

(1) M. de Lamartine, digámoslo una vez por todas, es tan ligero en materia de hechos, posee en tan alto grado el don de inexactitud, que ha encontrado medio, enumerando los amigos de Bossuet, de escribir en su artículo final

Horacio y lo prefería entre todos, quien lo sabía de memoria, quien sin cesar lo citaba. La preferencia pagana de Bossuet, si así podemos decirlo, fué siempre Homero; despues venía Virgilio; Horacio convenia ménos á su juicio y á su gusto. Pero el libro por excelencia que determinó la vocacion de Bossuet y su genio peculiar, fué la Biblia; cuéntase que la primera vez que la leyó se sintió iluminado y transportado. Habia descubierto la fuente de que iba á brotar su propio genio como del Génesis uno de los cuatro rios.

Bossuet fué destinado á la Iglesia desde niño; tonsurado á la edad de ocho años, sólo contaba trece cuando obtuvo una canonjía en la catedral de Metz. Su infancia y su adolescencia fueron así de perfecta regularidad: « No se ve ni una falta en su infancia ni una ligereza en su juventud, ha dicho M. de Lamartine; parece haber escapado sin lucha á las fragilidades de la naturaleza, no tuvo otra pasion que lo bueno y lo bello (1). Hubiérase dicho que de antemano respetaba él mismo la autoridad futura de su nombre y de su ministerio, que no queria tener que enjugar ninguna mancha humana en el hombre que iba á pasar con pié seguro del siglo al tabernáculo. » ¿ Por qué M. de Lamartine que encuentra al paso estos hermosos puntos de vista de verdadero biógrafo los deja perderse por negligencia y los desluce en seguida?

Bossuet vino á París por vez primera en Setiembre de 1642. Se dice que el día de su llegada presencié la entrada del cardenal Richelieu que regresaba moribundo de su viaje y sus venganzas en el Mediodía. Haber visto, siquiera una vez sola, al poderoso Richelieu con su púrpura escarlata, y presenciár poco despues la Fronda, la guerra civil desencadenada y la anarquía, fué para Bossuet un curso abreviado de política del que supo sacar una leccion.

Estudiando filosofía en el colegio de Navarra, brilló entre todos en las tesis y en los actos públicos. Fué un prodigio y un ángel en las escuelas ántes de ser en el mundo el águila que todos admiramos. El

(Constitutionnel del 25 Abril de 1854) : Pellisson, precursor de Boileau (!) La Bruyère, precursor de Molière (!!!)

Su pluma de cisne hace que se le perdone todo esto.

N. del A.

(1) Obsérvese que Lamartine no dice « lo verdadero ».

T.

marqués de Feuquières le alabó tanto en el hotel Rambouillet que quisieron oírle. Lleváronle una noche para que predicara allí un sermón improvisado, como en efecto lo hizo. Al prestarse á estos singulares ejercicios, á estos difíciles torneos en que se ponian á prueba su talento y su persona, al ser mimado en el hotel de Rambouillet y en el de Nevers, no parece que el jóven Bossuet obrara impulsado por la vanidad, ni que las alabanzas le lisonjearan como al vulgo de los hombres. No hay ejemplo de un genio precoz tan celebrado y tan exento de todo amor propio, de toda coquetería.

Con frecuencia iba á Metz á descansar estudiando de los triunfos de París. Fué sucesivamente subdiácono, diácono, archidiácono y presbítero (1652). Estuvo tambien establecido en aquella ciudad por espacio de seis años, desempeñando asiduamente sus funciones eclesiásticas. En Metz predicó los primeros sermones que se han conservado y los primeros panegíricos. Tambien hizo allí sus primeras armas de controversista contra los protestantes que abundaban en la provincia. En una palabra, Bossuet se condujo como un jóven levita militante que, en vez de aceptar desde el principio un puesto agradable en el centro y en la capital, prefiere aguerirse esgrimiendo las armas de la palabra donde están el deber y el peligro, en las fronteras.

El abate Vaillant ha hecho notar uno de los sermones más antiguos que Bossuet predicó en Metz: es el sermón del noveno domingo despues de Pentecostes. En él quiere mostrar al mismo tiempo el rigor y la bondad de Dios, la ternura y la severidad de Jesus. Comienza por presentar á Jesus enternecido al entrar en la ciudad que va á hacerle traicion, y llorando por Jerusalem; despues nos le presenta irritado é implacable, vengándose, ó dejando que su Padre le vengue, en las murallas y en los hijos de aquella misma Jerusalem. Este sermón, predicado « segun Dios me lo ha inspirado », como dice Bossuet al concluirlo, tiene un no sé qué de jóven, de vivo, de atrevido, de aventurado á veces y de extraño. Lo empieza con grandiosidad: « Así como los soldados, por diseminados que se encuentren á causa de los azares de la guerra, marchan en el tiempo prefijado al punto de concentracion señalado por el general, así el Salvador Jesus, cuando fué su hora venida, resolvió dejar todas las demas comarcas de Palestina por las que iba predicando; y sabiendo que la voluntad de su Padre

era que entrara en Jerusalem para sufrir el último suplicio, encaminó sus pasos á la ciudad pérfida, dispuesto á celebrar aquella Pascua eternamente memorable por la institucion de su santos misterios y por la efusion de su sangre. » Y es entónces, miéntras Jesus desciende la ladera del monte de las Olivas, cuando lo presenta afectado en lo más vivo de su corazon y llorando por la suerte de la ciudad ingrata cuya ruina preve; de repente, sin transicion, por una brusca salida que puede parecer de una erudicion inexperta ó juvenil, pasa Bossuet á la herejía de los marcionistas que, no sabiendo cómo conciliar en un solo Dios la bondad y la justicia, habian escindido la naturaleza divina y hecho dos dioses; uno ocioso é inútil á la manera de los epicúreos, « un Dios bajo cuyo imperio los pecados se regocijan »; y en frente de este buen Dios indulgente hasta el exceso, habian forjado otro Dios iracundo, vengador, cruel; y llegando á las últimas consecuencias, habian imaginado dos Cristos á imágen de los dos Padres. Despues de apostrofar al hereje Marcion (con las palabras de Tertuliano): « Que no te alejes tanto de la verdad, Marcion... » entrando de lleno en el asunto, dice que aquella misericordia y aquella justicia subsisten la una y la otra, coexisten, pero no se deben separar; representa en un mismo discurso al Salvador misericordioso y al inexorable, el corazon enternecido y el corazon irritado de Jesus: « Escuchad primeramente la voz dulce y benigna de este cordero inmaculado, y luégo escucharéis los terribles rugidos del leon victorioso nacido de la tribu de Judá: tal es el tema de esta plática. »

Desde el exordio se siente un fuego singular, una imaginacion tan ingeniosa como exuberante, una erudicion algo sutil. En el punto primero del discurso, dedicado por el orador á glorificar la bondad de Jesus, abundan las frases vivas, los términos impetuosos, las palabras significativas que acentúan y calcan el pensamiento, no sin arcaísmo en la expresion. Se acuerda de Plinio el jóven celebrando á su Trajano, que recorria el mundo ménos por sus pasos que por sus victorias, y dice: « ¿ Qué quiere decir á vuestro parecer eso de recorrer las provincias de victoria en victoria? ¿ No es llevar por todas partes el pillaje y la carnicería? Ah! Mi Salvador recorrió toda Judea de una manera más amable, pues la recorrió ménos por sus pasos que por sus beneficios. Iba de una parte á otra curando á los enfermos, consolando á

los tristes, instruyendo á los ignorantes... Los sitios por donde pasaba conservaban los vestigios de su presencia por la profusion de sus gracias. En tal pueblo no hay ya ciegos ni enfermos: sin duda, se decia, ha pasado por aquí Jesus. » Toda esta parte es de una frescura, de un encanto, de una lozanía que trasciende á juventud.

Y cuando pinta á Jesus queriendo revestirse de una carne semejante á la nuestra, y expone los motivos segun la Escritura, ¡ con qué relieve lo hace! Nos muestra al Salvador buscando ante todo la *miseria*, esquivando el tomar la naturaleza angélica que le hubiera dispensado de ella, *saltando* por encima para identificarse con la miserable naturaleza humana, precisamente porque es miserable, persiguiéndola aunque huye de él, queriendo para sí una verdadera carne, una verdadera sangre humana, y todo ¿ para qué? *Para ser misericordioso*. Aunque Bossuet no haga en todo esto más que usar los términos del Apóstol y tal vez los de Crisóstomo, se sirve de ellos con una delectacion, con un lujo, con un vigor que revelan juventud. Estudiemos la juvenil elocuencia de Bossuet, aún en sus más arriesgadas osadías de gusto, como se estudia la jóven poesía del gran Corneille.

Bien sé yo que se debe ser muy circunspecto cuando se señalan en Bossuet los atrevimientos de la juventud en el estilo, pues pertenece al número de los que fueron atrevidos siempre; creo, sin embargo, no engañarme al sorprender y denunciar en ciertos puntos la superabundancia de la edad. Despues de haber, en la primera parte del discurso, desarrollado y aún agotado todas las ternuras y las lástimas de Jesucristo hecho á la imágen del hombre; despues de haber exclamado: « Nos compadece *el buen hermano*, como á sus compañeros de fortuna, como habiendo tenido que pasar por las mismas penas que nosotros », nos lo pinta en la segunda parte revolviéndose airado contra el corazon empedernido del hombre: « Pero como no hay fuente de curso tan tranquilo que no pueda convertirse en rápido torrente con las resistencias que se le opongan, lo mismo el Salvador, irritado por los obstáculos que ciegos los Judíos oponen á su bondad, parece abandonar en un momento su pacífico humor. » Desde aquí, por un contraste súbito, emplea Bossuet, como él dice, todo lo restante de su conferencia en representar á sus oyentes las ruinas todavia